

El maquinista y otros cuentos

Jean Ferry

El maquinista y otros cuentos

Jean Ferry

Prólogo de Raphaël Sorin

Traducción de Gabriel Hormaechea

Ilustraciones de Claude Ballaré

MALPASO

BARCELONA MÉXICO BUENOS AIRES

Prólogo

El Ferry secreto

Durante mi adolescencia veía con frecuencia a Jean Ferry. Éramos vecinos en París. Ambos vivíamos junto al cruce de la Croix-Rouge, él en la esquina de la Rue du Four, yo en la Rue des Saints-Pères. En diez minutos llegaba a su casa.

Le debo mucho: cierto gusto por el cine (*La edad de oro*, *Nosferatu*, *El malvado Zaroff*, *Sombras blancas en los Mares del Sur*, *King Kong*) y multitud de descubrimientos literarios (Raymond Roussel, Julio Verne, Alfred Jarry, Lewis Carroll, Paul d'Ivoi). Su humor sombrío me gustaba tanto como su desilusión general sobre lo que en otro tiempo le había apasionado: el surrealismo y el oficio de guionista, entre otras cosas.

Era un hombre bajito, rechoncho, con los ojos vivarachos tras las gafas de montura redonda, el pelo rapado al cero, la voz de pito y una panza que recordaba a la de Ubú.

Me impresionaba porque había sido actor y testigo de varias aventuras envidiables. Su compañera, Lila, la inspiradora de *El amor loco*, cuya belleza convulsiva recordaba aún mi madre, aumentaba con su presencia aquel recuerdo de un pasado de libertad y audacia.

Los curiosos siempre pueden consultar en el *Diccionario del surrealismo* de Jean-Paul Clébert (lo mejor que se ha hecho en su género) la nota donde el autor de *París insólito* dice lo que hay que saber sobre Jean y Lila. Cita en ella una observación de André Breton, sacada de sus *Conversaciones*, que me ahorrará prolongar aquí los superlativos: «El texto poético más sensacionalmente nuevo que he leído en mucho tiempo es “El tigre mundano”, de Jean Ferry, publicado en el número 5 de la revista *Les Quatre Vents*».

El resto no habrá olvidado que fue el mejor guionista de Henri-Georges Clouzot, con quien trabajó en *Manon*, *En legítima defensa* y *Miquette et sa mère* antes de ponerse a remendar otros guiones menos portentosos para Christian-Jaque o Luis Buñuel. Fue él quien, a pesar de que el infernal y sádico cineasta lo despertase en plena noche para comentar sus diálogos, puso en labios de Louis Jovet esta réplica asombrosa dirigida a Dora, la fotógrafa lesbiana de *En legítima defensa*, interpretada por Simone Renant: «Es usted un tipo de mi especie».

En lo que a mí respecta, me deslumbraba sobre todo con Roussel. Le había consagrado varios libros, *Une étude sur Raymond Roussel*, *Une autre étude sur Raymond Roussel*, *L'Afrique des impressions*. Ese trabajo le valió el reconocimiento del Colegio de Patafísica, del que

acabó siendo uno de los sátrapas junto a Eugène Ionesco, René Clair, Boris Vian, Jean Dubuffet, Michel Leiris o Maurice Saillet. Su título de regente por suscepción transeante de la cátedra de Doxografía y Doxodoxia Rousselianas lo llenaba de orgullo.

A pesar de sus magníficas dotes para el cansancio, encontró tiempo para escribir varios relatos tan merecedores de una reedición actual como su famosísimo «Tigre mundano». En la última edición de su *Antología del humor negro*, Breton lo colocó al lado de Swift, Charles Cross o Lichtenberg. También se tomó el trabajo de escribir un sesudo prefacio a esta compilación de relatos, publicada en 1953 por Jean Paulhan en la colección de tapas rosas de Gallimard.* De *El maquinista y otros cuentos* se hizo una tirada de 1650 ejemplares, 150 de los cuales se distribuyeron fuera del circuito comercial. A lo largo de los años, he comprado varias copias intonsas, un detalle que habría encantado a Ferry (los conocedores de Roussel entenderán por qué).

Releyéndolo, he encontrado por todas partes al personaje, con sus pasiones, sus obsesio-

* La colección Métamorphoses, de la que *Le mécanicien* es el volumen 42. En 1950 había aparecido una primera edición de este libro (fuera del circuito comercial) bajo la enseña de *Les cinéastes bibliophiles*. Esa rarísima edición constaba de tan sólo cien ejemplares.

nes y sus fobias. ¿Cómo definir su humor? Dominique Noguez, a quien descubrí estos relatos, lo calificó de «humor gris». Cierto. Tiene también otros matices, sutiles, secretos, que más que comprender hay que adivinar, pues Ferry se sentía una reencarnación de Kafka y de Roussel, el más francés entre los dementes de la escritura. Al primero le dedicó un relato breve. Sin preferirlo a otros más espectaculares, como el del inevitable tigre, me parece que será apreciado por ese círculo de lectores desconocidos, sensibles y arriesgados que Ferry esperaba reunir y de los cuales, querido lector, formarás parte de ahora en adelante.

RAPHAËL SORIN

París, 18 de junio de 2010

**EL MAQUINISTA
Y OTROS CUENTOS**

A Lila

I have started up so vividly impressed by it, that its fury has yet seemed raging in my quiet room, in the still night. I dream of it sometimes, though at lengthened and uncertain intervals, to this hour. I have an association between it and a stormy wind, or the lightest mention of a sea-shore, as strong as any of which my mind is conscious... As plainly as I behold what happened, I will try to write it down. I do not recall it, but see it done; for it happens again before me.

CHARLES DICKENS,
David Copperfield, capítulo LV

Advertencia

Es posible que este texto se imprima y se lea algún día. Tampoco se puede descartar que duerma largos años, silencioso, en un cajón, en forma de manuscrito. Quizá un día el propietario del mueble se vea obligado a huir, dejando atrás las páginas olvidadas. ¿Qué nos impide pensar que la cómoda se ponga a la venta? Ahí la tenemos, recién comprada por un mayorista que quiere amueblar la habitación del servicio de su nueva casa. La criada encuentra el manuscrito y lo tira a la basura. El comerciante, que si ha hecho fortuna es porque no deja que nada se desperdicie, echa a la criada, recupera el manuscrito y lo manda a sus servicios de embalaje. Las hojas arrugadas, hechas un rebujo, servirán de relleno en un paquete que sale hacia una factoría aislada en el centro de África. No, nada de todo eso es inverosímil. Tras varios meses de vagones, vapores, hangares, gabarras, caravanas y porteadores, el paquete llega a su destinatario. Es un hombre blanco. Hace veinte años que partió de Francia para convertirse en el modesto empleado de una importante compañía minera y lo han olvidado en aquel puesto, inútil desde hace tiempo. No hay un solo europeo en

mil kilómetros a la redonda y el hombre está perdido en medio de los negros, como una alubia blanca en un saco de alubias negras. El paquete llega demasiado tarde. El hombre es viejo. Había encargado una máquina de hacer hielo, pero el comerciante se equivocó y le envió un dictáfono ultramoderno. Asqueado del mundo, el blanco alisa maquinalmente las hojas de manuscrito que calzaban los rodillos vírgenes. Como no tiene nada que hacer y carece de imaginación, dicta el texto una primera vez y luego una segunda, al revés. Y como habla perfectamente la lengua de la tribu negra más cercana (una especie de bomongo adulterado), dicta en esa lengua la primera traducción del manuscrito. Más tarde, el hombre muere y nadie lo reclama. La maleza invade su cabaña hasta sepultarla. Hace tiempo que las hormigas rojas se han comido el manuscrito.

Los bomongos adulterados han entrado en conflicto con una poderosa tribu enemiga y comienza una nueva guerra de los cien años. Tras un sinfín de batallas, el último de los bomongos, único superviviente de una raza extinta, se ve obligado a refugiarse en la selva. Allí, perseguido por un jaguar una noche de tornado, se esconde en la cabaña del hombre blanco, una vaga y oscura burbuja hueca entre masas de jungla. El negro descubre el dictáfo-

no, lo pone en marcha por casualidad y escucha, en su lengua, el texto de las páginas que vamos a leer.

Para ese negro escribo.



Un destino para paseantes

Cuentan que Gengis Kan, tras alcanzar en su avance la cima más alta de los Montes Metálicos, se apeó de su montura y le dirigió la palabra con familiaridad. Tal como aún era costumbre, el conquistador cabalgaba muy por delante de sus hordas.

No era el lugar más indicado para una conversación de aquel tipo. Al borde de inmensos precipicios de níquel, dominaba una llanura de acero que inclinaba sus horizontes en una cuesta infinita y azulada hasta alcanzar las lejanas siluetas, apenas visibles, de los vaticanos que debía destruir. En ninguna otra parte los Montes Metálicos hacían tanto honor a su nombre. El volcán que coronaba un pico vecino arrojaba a intervalos regulares grandes bocanadas de metal fundido. Caían en hirvientes cataratas cuyas coladas de fuego se perdían, con atroces silbidos, en un glaciar de aluminio que el sol, entre sus morrenas de cobre rojo, rayaba con cegadoras láminas de plata, ondulantes, como recamadas de lentejuelas. Arroyuelos de mercurio circulaban pesadamente entre guijarros de plomo, sobre el suelo de zinc, y se dividían entre las patas del caballo que, con grandes ojos soñadores,

escuchaba a su dueño sin dejar de pacer el escaso estropajo metálico, la única cosa que llegaba a crecer en aquellos altos inhumanos donde hacía tanto frío.

De pronto, dudando de la suerte y de la sensatez de su empresa, Gengis Kan, henchido de desprecio hacia la humanidad, pidió consejo a su caballo y le preguntó si no era mejor abandonarlo todo, dar media vuelta e ir a esperar la muerte paseando su tienda de pieles, peluda y apacible, de una punta a otra de la noche siberiana, con las ratas subterráneas. Pero parece que el caballo tenía ganas de ver Roma. Imaginaba, sin duda, que era un país propicio a los caballos donde uno de ellos había sido gobernador, aunque es cierto que de forma muy provisional. Pero eso el caballo no lo sabía. Así pues, ante las espectaculares solicitudes de su dueño, se limitó a responder: «Sigue cabalgando, no hemos llegado hasta aquí para dar media vuelta, ¡qué demonios!».

Gengis Kan, que tenía la costumbre de hablarle a su caballo pero nunca lo había oído responder, volvió a montar, conmocionado por aquel prodigio. Súbitamente, una tristeza mortal le heló la sangre. Pues, más allá de todas las conquistas posibles, entrevió las tierras desconocidas, azules, perfumadas y ubérrimas a las que nunca podría llegar, al otro lado de los mares infranqueables. Y si las hubiese

poseído, si hubiese sido necesario proseguir la marcha y la Tierra era en verdad redonda, como algunos pretendían... Una vez conquistado todo, conduciendo sobre sus propias huellas de antaño los pasos de su caballo (o los de otro, puesto que aquél, sin duda, habría muerto tiempo atrás de fatiga y vejez), ¿tendría que atacar sus primeras conquistas y destruirse a sí mismo?

Gengis Kan quiso obligar a su caballo a volver grupas, pero el caballo tenía sus razones y siguió en sus trece, de cara al Oeste. Hombre y bestia forcejaron en silencio un buen rato, bajo un cielo cargado de tinta y reflejos incendiados. Por otra parte, era hora de partir. En el horizonte opuesto, la vanguardia del ejército resplandecía ya bajo el sol oblicuo. Los monstruos velludos proyectaban tal fuerza a su paso que a Gengis Kan se le retorció el estómago. Gritó erguido sobre los estribos, levantó y bajó el brazo derecho para indicar el camino de las próximas y fructuosas masacres, y el caballo reanudó la marcha.

De aquella lucha permanece aún, en la cima de la montaña, la profundísima huella de una pista cuadrangular, cuyos puntos cardinales corresponden a las pezuñas del caballo, que prefirió hundirse en el suelo antes que ceder a la voluntad de su jinete. Nadie sabe ya quién dejó esa huella: los pastores dicen que fueron

las hadas (pensando lo contrario) y los guardabosques se cuidan de perfilar cada año sus aristas porque estimula la curiosidad de los turistas. Y también entre la gente de la región ha acabado siendo un destino para paseantes.